

EL PARQUE DEL PUEBLO

Jaime llegó al parque, deseoso por encontrarse consigo mismo, lo recordaba de una manera idílica; en su niñez lo había caminado tantas veces, tantas situaciones habían sido vividas en él: amores encontrados y des encontrados, amigos de adolescencia que ya no estaban. Cómo se notaban sus ausencias...-pensó-, si hasta su nombre había cambiado, antes simplemente “Parque”, el parque del pueblo y ahora con grandes letras: “Centro cultural”.

Jaime se preguntó cuántas cosas se habían transformado desde aquella primera vez que visitó el lugar, allá por 1946; la fascinación no es algo que se olvida fácilmente. Cómo no hacerlo cuando vio esa glorieta, la que estaba cerquita de la fuente; pero no sólo eso le había llamado la atención, sino también una persona pequeña con trenzas largas, largas, de cabello bien negro, se llamaba Lucia y el amor comenzó exactamente ese día, a sus ocho años.

Por ello ese parque del pueblo no era un parque más, era también una pregunta que Jaime deseaba inexorablemente responderse, allí.

Qué difícil se le hacía darse cuenta de que los lugares como la vida cambian, que ya nada era igual que, como su cotidianeidad, la vida se le estaba a veces haciendo incomprendible. Como observar y no entender el significado de aquel rincón, al costadito de esa palmera -esa que se mantenía tal cual él la recordaba-, ese con muchas luces y estructuras desestructuradas, ese lugar donde la música que tampoco entendía parecía devorarse todo con esas ondas extremadamente fuertes como un gran monstruo que lo invadía todo. Jaime pensó qué difícil era escucharse y escuchar el canto de los pocos pájaros que huían despavoridos de tanto ruido.

Ante tantas modificaciones y aquellos sucesos que aún se mantenían, Jaime comprendió que el “Centro cultural” era como su vida, llena de costumbres arraigadas y de cosas tan pero tan nuevas que costaba asimilarlas, pero que la vida, su vida, era eso.

Debía aceptar que ya nada era igual.